

de Tochéac tuvo que combatir otra vez con los republicanos que se le presentaron, y aunque los derrotó, no se ocupó más que en seguir la retirada pernoctando el día 7 en la hacienda de la Luz. El día 8 continuó la División su retirada, yendo á vanguardia y á media legua del grueso de la fuerza, los cuerpos de genarmes, cazadores, compañía de ingenieros y una sección de obuses de montaña. Encontraron la hacienda de la Noria ocupada por una fuerza á las órdenes del coronel Lalanne, con mil quinientos hombres de infantería y caballería; trabóse el combate entre las caballerías, yendo la imperialista á las órdenes del coronel conde de Wickenburg, protegida por fuego de los dos obuses y el de la compañía de ingenieros, los republicanos retrocedieron, y el general Márquez atacó con el resto de las tropas á la infantería republicana.

Los imperialistas llegaron á las once y media de la mañana del día 8 á la hacienda de San Lorenzo, en donde algunas partidas de republicanos tirotearon la vanguardia, procurando retardar la marcha de la división Márquez en su retirada, para dar tiempo á que se acercara el grueso del ejército á las órdenes del general Díaz. (1)

Sitiaba este general á Puebla cuando supo que Márquez salió de México el 30 de Marzo con cinco mil hombres para atacarlo y auxiliar la plaza sitiada; estuvo aquel jefe republicano perplejo en cuanto al partido que tomaría ¿levantaba el sitio para ir al encuentro de Márquez? ¿esperaba la llegada de este ó inmediatamente daba el asalto sobre la plaza? Este último partido fué el que siguió. Aunque sus tropas eran poco aguerridas, y no estaban bien pertrechadas, asaltaron las posiciones de los imperialistas que hacían nutrido fuego de fusilería y arrojaban granadas de mano desde lo alto de las casas y de los balcones. Los atrincheramientos fueron tomados y se refugiaron los defensores al interior de las casas, temiendo ser atacados por retaguardia abandonaron sus posiciones y fueron hechos prisioneros. Las alturas de los cerros permanecieron aun ocupadas por los imperiales que [capitularon dos días después, secundando con notable valor al general Porfirio Díaz los gefes Alatorre, González, Pacheco, Terán, Bonilla, Leon, Carbó, Cravioto y otros.] (2)

(1) La marcha del general Márquez sobre Puebla no estuvo autorizada por Maximiliano, según afirmó el Barón de Lago que lo había oído de los labios del Emperador. Márquez alegó que desde antes que México fuera desocupado por las tropas francesas, se habían dictado las órdenes desde el 8 de Febrero para la seguridad de Puebla, puesta al cuidado del general D. Manuel Noriega, ofreciéndole que en caso necesario iría en auxilio de la plaza, lo cual fué sabido por Maximiliano; pero á la verdad, esta explicación no satisface al cargo que se le hizo de que fué sin la debida autorización pues la oferta que desde Febrero se le hizo á Noriega se entendía en términos generales y lo comprueba el expresado Márquez en su Manifiesto, diciendo que había contraído el compromiso de honor de ir personalmente á Puebla, y que además tenía la obligación de cuidar y proteger todo el territorio confiado al segundo cuerpo de Ejército, reasumiendo á la vez el poder que le daban las facultades omnímodas como Lugarteniente del Emperador.

(2) Al dar cuenta el general Noriega de las operaciones de defensa, con fecha de 17 de Mayo, esto:



General Manuel González.

Por más de cuatro años militó en el ejército republicano de Oriente, desde el principio de la Intervención francesa. Defendiendo á Puebla, en el memorable sitio que dirigió Forey en 1863, se le encomendó el cuidado de una manzana, y al rechazar uno de los impetuosos asaltos de los franceses, fué herido en una pierna; rehusó ir al hospital, permaneciendo con dificultad más de quince días en la brecha practicada para el asalto. Cambiados los papeles, tocóle ser el 2 de Abril de 1867, de los asaltantes á la misma ciudad que defendían los imperialistas; entonces fué herido en el brazo derecho, habiendo sido necesario amputárselo. Entre los jefes superiores que en aquella época tormentosa tomaron parte en favor de la República, el General González fué el único que quedó mutilado.

La situación de Puebla sitiada por las fuerzas republicanas al mando del general Porfirio Díaz, causó grandísima emoción entre los imperialistas de la capital, aunque ya se sabía que varios gefes del ejército de Oriente aumentaban y organizaban sus tropas, y que el general Figueroa, los coroneles Espinosa y Visoso y el general Leyva acercaban sus fuerzas á poblaciones de importancia por aquel lado del territorio. En el Norte de Puebla y en Tlaxcala, se presentaban amenazadores los gefes Juan N. Mendez y Antonio Rodríguez Bocardo. El Norte del Estado de Veracruz estaba ya todo bajo el dominio del general I. Alatorre.

También se sabía que el general Díaz había penetrado al Estado de Puebla; pero se le suponía una corta fuerza, incapaz de atacar á ciudad tan defendida y tan bien atrincherada como Puebla, pues no se tenía noticia del movimiento convergente de las fuerzas que iba movilizando con notable exactitud, hasta llegar á aparecer á fines de Febrero en Huamantla á la cabeza de un ejército regularmente armado, habiendo aumentado su artillería con cañones abandonados en Perote y el Borrego. Allí organizó las Divisiones que puso al mando de los generales Alatorre, Méndez y Toro; la primera con las brigadas de los gefes González, Carreón y Figueroa; la segunda con las tropas del Norte de Puebla, entre las cuales iban las brigadas de Juan F. Lúcas y la de los Cravioto. La tercera División con la caballería era mandada por el coronel Toro y en ella estaban comprendidas las secciones de los gefes Mier y Terán y Bocardo.

Desde luego se presentaba Puebla como presa digna de ser codiciada, aunque estaba defendida por más de dos mil quinientos soldados y regular número de voluntarios que disponían de gran acopio de armas y municiones. No obstante, avanzaron aquellas fuerzas sobre la ciudad angélica y el 9 de Marzo que

es, nueve días después de formalizado el sitio, decía que la noche del día anterior intentaron los sitiadores asaltar el Cármen y penetrar por diversos puntos de la línea del Poniente, y que aunque fueron rechazados, lograron adelantar en la manzana más avanzada de la línea, donde por medio de horadaciones pudo el enemigo rodear á la fuerza que la defendía, compuesta de voluntarios á las órdenes del coronel Trujeque quien tuvo que refugiarse á la manzana inmediata. Avisaba que le causó gran disgusto el abandono que de su punto hicieron quince soldados del 16^o, armados y municionados en una de las manzanas en que se aparta la luneta de fortificación de San Agustín, pues saltaron una pared, única división de dicho punto con el enemigo, y que en consecuencia fueron inauditos los esfuerzos del general Febronio Quijano para contener el avance del enemigo por aquel punto y en momentos que le eran favorables. Este hecho indicó que á pesar de la vigilancia y solícito cuidado que se había tenido en organizar y equipar ese batallón compuesto de gente forzada, la escasez de oficiales impedía tener confianza en aquella fuerza, única regular en cuyas filas había penetrado ya la defección; en las tropas irregulares de las inmediaciones, reconcentradas en la plaza, había también deserción, y no contaba Noriega con reserva, pues hasta la caballería, pié á tierra, cubría la extensa línea defendida, sin poder ni aun relevar de puestos la tropa de que se desconfiaba. Era de urgente necesidad, en consecuencia, el auxilio violento para conservar la plaza. Los vecinos permanecían hostiles é inertes, siendo necesario quitarles por la fuerza los recursos,

daba establecido el cuartel general republicano en el cerro de San Juan; comenzaba un sitio, pero sin los competentes elementos para alcanzar pronto y feliz éxito, aunque Porfirio Díaz llamó á su lado á las fuerzas del general Alvarez que apenas llegarían á mil quinientos hombres con algunos cañones.

El sitio de Puebla comprende episodios memorables; el Cármen fué defendido con energía por el general Carrillo. Aunque lentamente se apoderan los republicanos de San Javier, la Merced y San Márcos, y por medio de horadaciones y minas atraviesan manzanas, penetran hasta la Alameda y baños de Carreto y abren brechas en las fortificaciones de Belem, adelantando bastante en las dos primeras semanas, durante las cuales el general Noriega esperaba impaciente auxilios de la capital, haciendo notar la imperiosa necesidad que había de conservar para el Imperio la importante posición de Puebla.

En los últimos días del mes de Marzo, supieron los sitiadores que en socorro de la plaza sitiada marcharía desde México una fuerza considerable. En tales circunstancias no era posible continuar el sistema de ataque seguido; era forzoso retirarse ó asaltar; esto último quedó resuelto en el acuerdo del general Díaz, quien con sorpresa de los que le rodeaban, aparecía como satisfecho y seguro del éxito de alguna combinación, hasta el grado de manifestar que esperaba estar dentro ó cerca de la capital el próximo 5 de Mayo, expresándose con tono de seguridad, reflejada en la alegría de su semblante.

Las fuerzas imperialistas que defendían la plaza de Puebla, componían un cuerpo de menos de tres mil hombres con muchas piezas de artillería, los mandaba el gobernador General Manuel Noriega, anciano, enfermo, muy confiado y apático, y desempeñaba los complicados deberes de la anormal situación en que estaba aquella ciudad, su secretario el Licenciado D. Tirso Rafael Córdoba, muy adicto á la causa del Imperio y tan apasionado cuanto enérgico. Era segundo jefe de la plaza el coronel Febronio Quijano, al que secundaban los gefes Hermenegildo Carrillo, Calderón y Tamariz.

Aparentando los sitiadores suspender las hostilidades el 1.º de Abril, se empleó la tarde en preparativos que demostraban una retirada, fueron quitados los cañones de las baterías, y situados los trenes detrás del cerro de San Juan. En la misma noche citó el general Díaz á junta de guerra á los principales gefes, y les aseguró que al siguiente día estarían dentro de la ciudad cuyo aspecto era silencioso y siniestro, las familias emigraban y los hospitales estaban llenos de heridos. Propuso el general un falso ataque sobre el convento del Cármen, al Sur, para llamar la atención y atraer sobre aquel rumbo la reserva de los sitiados, y en seguida dar el asalto por la línea del Poniente y del Sureste, designando trece puntos, elegidos de tal manera, que produjeran una sorpresa de las posiciones más fuertes tan luego que algunas de las más débiles fuesen ocupadas; para cegar los fosos y poder cruzarlos se arreglaron en gran cantidad sacos llenos de paja y de mimbres. La señal para el ataque partiría del cerro de San Juan y consistiría en una luz producida por algodones empapados en materias resinosas. Tomados con arrojo

algunos puntos, los demás tendrían que sucumbir necesariamente. Al general Alatorre le fué designado el mando de la reserva, debiendo acudir á donde más se necesitara el auxilio. (1)

Concluidos algunos otros preparativos, á las tres de la mañana del 2 de Abril se rompieron los fuegos; la batería frente al Cármen abrió la brecha y se hicieron tres impulsos vigorosos para el asalto sin lograrlo, llegaron los asaltantes hasta el foso sin conseguir salvarlo, no obstante los esfuerzos del general Figueroa. En seguida, hecha la señal convenida en el cerro de San Juan, rápidamente operaron las columnas que en silencio se habían acercado á la plaza por varias partes, y sus descargas fueron contestadas desde las trincheras. El general Alatorre acudió presuroso en apoyo de los que flanqueaban la Merced y el general D. Carlos Pacheco, rechazado dos veces en la calle de la Siempreviva, aunque herido insiste en la carga y ocupa aquel reducto; pero cae cuando una de sus piernas inutilizada se niega á sostenerle; otras columnas que habían ocupado varios puntos, obligan á los destacamentos á rendirse; se perciben en todas direcciones gritos de victoria y los defensores de la plaza que aun conservaban alientos, se retiran violentamente á los cerros de Loreto y Guadalupe, persiguiéndolos de cerca los republicanos.

Las tropas asaltantes se reúnen en la plaza principal; poco después se rinden los puntos que aun permanecían ocupados por los imperiales. Al dirigirse al Palacio el general en jefe vencedor, le saludan los soldados y el pueblo, con entusiastas aclamaciones y vivas acompañados de sonoras dianas. Los soldados prisioneros son incorporados á las filas republicanas, se dictaron las

(1) A medida que se consumían los recursos de los sitiados y disminuían sus fuerzas, los republicanos aumentaban las suyas con secciones que sin cesar se les incorporaban, y su material de guerra crecía con los proyectiles elaborados en la fundición de Panzacola, á inmediaciones de Puebla.

Con fecha 24 del mismo Marzo, informaba el jefe de la plaza asediada, diciendo que aunque el enemigo había sido rechazado en sus repetidas tentativas de penetrar la línea de defensa, se había perdido el punto avanzado de la Merced y progresaban las horadaciones estrechando el círculo de ataque y de defensa; ya preveía el general Noriega que al completar la circunvalación quedarían aisladas las fortalezas si ocupaban los sitiadores la plazuela de San José, movimiento que no podría contrariar sino muy débilmente, pues la guarnición de la plaza disminuía, ya por las pérdidas en el combate ya por la desertión que era inevitable atendiendo á la carencia de recursos pues no pudo negociar una letra por diez mil pesos girados contra Veracruz, y por la escasez de gefes y oficiales y el desaliento que originaban los esfuerzos y las esperanzas de los sitiadores, cuyos fuegos llevaban ya diez y seis días en muy desventajosas circunstancias para los sitiados, siendo una de ellas la absoluta falta de dinero y de tropas regulares, puesto que las concentradas de los alrededores y otras irregulares no prestaban garantías. Ya habían sido heridos dos oficiales, muerto el jefe de uno de los dos únicos batallones de la guarnición, y se hacía apremiante cualquier recurso de defensa, poque el día 21 ya avisaba el general Noriega al Ministerio, que las municiones le alcanzarían á lo más para seis días, y que en adelante sería urgentísimo el violento refuerzo prometido.